
SERMON
DE
NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE

PREDICADO EN LA CATEDRAL DE PUEBLA

POR EL

Sr. Canónigo D. Ramon Vargas López

*Elegi, et sanctificavi locum istum, ut
sit tibi nomen meum in sempiternum, et
permanent oculi mei, et cor meum tibi
cunctis diebus.*

He escogido y he santificado este lugar, para que esté allí mi nombre para siempre y estén fijos sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo.

2. Paralipom., cap. VII, v. 16.

Si destinado para elogiar en este día á la Santísima Virgen de Guadalupe y hablar de la grandeza en que esta Señora colocó á los mexicanos me valgo de las palabras con que Dios habló en otro tiempo á Salomon, es sin duda, porque no dando crédito indistintamente á todo espíritu como aconseja el Apóstol, miro con desprecio aquella crítica orgullosa que atrevidamente llama al injusto tribunal de su capricho la célebre aparición Gua-

dalupana. Estoy persuadido de que insultaria yo á Maria en el trono mismo de sus glorias, mancharia el brillante honor del Anáhuac y ofenderia á vuestra piedad, si por un solo momento conviniera con esos génios nada piadosos y dudara de esta verdad; ella ha sido confirmada desde su cuna con testimonios milagrosos cuya memoria se ha transmitido á la posteridad por una multitud de testigos fidedignos; ella está recibida unánimemente en todo el orbe católico por gentes de todas clases, estados y edades, que en el espacio de más de trescientos años la han venerado con una devoción fervorosa; y ella es una señal inequívoca de que la nación mexicana viene á ser aquella generacion selecta á quien la Santísima Virgen ha escogido entre las demás para que sea el objeto de su amor; y cuando yo pretendo hablaros de esta especial dignacion, no es ciertamente para mostraros los distintivos de la verdad que la ponen á cubierto de la ilusion y del engaño, sino para haceros ver el fondo de esta eleccion, y las gracias que con indecible abundancia se nos comunican.

Bien sabeis vosotros que cuando en el desgraciado siglo XVI el mar borrascoso de este mundo habia elevado sobremanera sus olas, queriendo sumergir en su profunda y tenebrosa sima la humilde barquilla de Pedro, que arrebatada de la furia de los vientos que por todas partes la combatian, no encontraba un lugar de seguridad y de reposo; entónces, cuando la impiedad, la irreligion y el libertinaje habian esparcido su mortífero veneno por todo el orbe, Maria escoge la América para confirmar en ella el culto y homenajes debidos al Sér Supremo. Esta es la arca en que la pureza de la fe va á preservarse del diluvio del error; este es el lugar que se va á convertir en el teatro de las misericordias de Maria; y si ha sido un estilo de la Providencia explicarse muchas veces con los hombres por medio de los portentos y milagros, aquí lo ha verificado por un prodigio que llenará de admiracion á todos los siglos. Es verdad que no se verá en el

suelo mexicano á un Moysés que supo abatir el orgullo de un monarca altanero con plagas espantosas hasta poner libre el pueblo fiel; no á un Samuel que suscitó en los aires los truenos destinados para vindicarlo de los desprecios de Israel; ni á un Eliseo que hizo venir á los osos para que devoraran á los jóvenes indisciplinados que lo vituperaron; pero si se verá á la Madre de las misericordias, de la piedad y de la clemencia; ella es el portento por cuyo conducto Dios se nos va á comunicar; es la que por medios suaves va á sostener sin violencia los derechos del Sér Divino y á llenar de bendiciones á sus nuevos hijos. No podia yo proponer asunto más eficaz para estimular vuestra piedad, porque si en cualquiera beneficio que se recibe exige la gratitud atender á la persona que lo prodiga, y á la utilidad que produce, aquí veremos que la Santísima Virgen de Guadalupe es la que nos prodiga esta gracia, y que sus efectos nos son infinitamente ventajosos: ved dos puntos que dividirán este discurso y ocuparán vuestra atencion en este rato. Me explicaré más y diré, que apareció la Santísima Virgen de Guadalupe para que resonando su nombre en Tepeyac engrandeciera á la nacion mexicana. *Elegi, et sanctificavi locum istum, ut sit ibi nomen meum.*

1ª parte: Apareció la Santísima Virgen de Guadalupe para manifestar al mundo la especial vigilancia y amor con que ve á los mexicanos: *Et permanent oculi mei, et cor meum ibi cunctis diebus.*

2ª parte: Virgen poderosa, sólo quiero en esta vez procurar vuestra gloria, y estoy cierto de que mi insuficiencia no se proporciona á tan grande empeño, y por lo mismo á Vos toca comunicar una santa uncion á mis palabras y el bendito acierto á mi discurso. Esta es la gracia que todos os pedimos, saludándoos con las palabras del Arcangel.—**ÁVE MARIA.**

PRIMERA PARTE.

Elegi et sanctificavi, etc.

Quando me detengo á contemplar con seriedad las verdaderas grandezas con que Dios se ha dignado distinguir á este dichoso continente, me encuentro con el espíritu sobrecogido de una pasmosa admiracion. Decia, señores, que mi entendimiento se sorprende al considerar la profusion con que Dios ha derramado sus luces sobre este pueblo, y no puedo menos que valerme de las palabras de David para llamar la atencion de los mexicanos diciéndoles: *Venite, et videte opera Dei, quæ posuit prodigia super terram;* venid á ver las excelentes obras de Dios y á contemplar los prodigios que ha obrado en nuestra tierra. Aquel Señor que desde el alto sólio de su divinidad mira con agrado á cuantas criaturas han salido de sus manos, la firmeza de la tierra, la elevacion de los montes, la extension de las campiñas, el curso de los rios, la represa de los mares, el instinto de los brutos y el invariable giro de los astros; aquel Dios que con una sábia economia distribuye las gracias que gozan los vivientes, como que se ha puesto á escoger muy despacio entre todas las naciones una que más le agradara para colmarla de las felicidades que no quiso participar á todas, pasa la vista por todos los hombres que han poblado la tierra desde el principio de los tiempos, y no se detiene hasta no llegar á los Anahuacenses. Allí detiene sus ojos, allí muestra su paternal corazon y los distingue de modo que pueden decir con Moysés: *Nec est alia natio tam grandis;* ciertamente que no hay nacion tan grande como la de los

mexicanos; pero ¿en qué consiste esta grandeza, me preguntarán algunos? ¿Será acaso en la feracidad de su suelo, en lo exquisito de sus producciones, en el carácter de sus habitantes ó en otros bienes naturales y preciosos de que abunda? En nada de esto, señores; la principal grandeza de México consiste en haber sido el lugar que eligió la Santísima Virgen para colocar en el su tabernáculo, acontecimiento grande por lo que esta Señora es en sí misma y por haber venido á conservar con su presencia la pureza de la fe.

Aquí es donde yo quisiera que ocuparan este sagrado lugar los señores Lorenzanas, Mansos, Montañes, Alcoceres, Uribes y otros para que de su boca oyéreis ponderar la especial beneficencia de la esclarecida Madre Guadalupeana, y no exponerme yo á manchar su esplendor con la escasez de mis luces y grosería de mis palabras, porque dar una idea sublime del poder y crédito de esta Señora es una cosa tan difícil, que el orador más escaso, cual me reconozco yo, podría hacerlo á poca costa, pues todos los escritos de los Santos Padres suministrarían materiales muy copiosos; pero darla á conocer no ya bajo la idea general de su carácter, sino precisamente bajo el augusto, particular y tierno título de Guadalupe con que la solemnizamos en este día, es una empresa superior á mis débiles alcances. No obstante, sostenido de una santa confianza correré con piadoso atrevimiento el velo que nos oculta su grandeza, y os diré que la Iglesia Nuestra Madre enseña que esta sagrada Virgen es la obra principal del Criador, la más grande, la más excelente y la más digna de nuestros homenajes, y quererse formar otra idea distinta sería una temeridad loca. Los padres griegos y latinos nos la representan como una efusion brillante del resplandor eterno, como una esposa privilegiada que el Señor ha poseído desde el principio de sus caminos, como un tabernáculo que el Altísimo santificó para su morada, y como una criatura, en fin, á quien el hombre Dios comunicó un cuantioso capital de gracia, de gloria

y de poder; pues esta misma Virgen revestida de tanta grandeza, es la que baja al Tepeyac para engrandecer á México; de suerte que podemos asegurar que por la aparición Guadalupeana, México se distingue entre las naciones de la tierra, como el sol entre los astros del cielo.

Si, ¡feliz y afortunada America Septentrional! Muchas naciones han acopiado riquezas del amor y ternura de Maria, pero tú las has aventajado á todas: *Multe filiae congregaverunt divitias, tu vero supergressa es universas.* Se vé la Virgen colocada en un templo que la antigua Bizancio le dedicó á su memoria; pero esto se verificó á instancias del fervoroso celo de San Andrés: se mira venerada en las Iglesias de la Scitia á solicitud de San Felipe: la Catania levanta el estandarte de su imagen sobre las ruinas de la idolatria por la predicacion de San Pedro: quiere esta Señora recibir adoraciones en Roma, y manda á los ángeles que la retraten en un zafiro; pero cuando determina establecerse en Tepeyac, no se vale de los ángeles ni de los apóstoles, sino que es tanta la especialidad con que nos ama, que ella misma baja hasta dirigirle la voz á Juan Diego: *Oye, hijo mio, le dice, yo soy la Virgen Maria, Madre de Dios, y quiero que en este lugar se me edifique un templo.* ¡Qué dignacion tan inefable! ya desde este momento se deja ver el estéril Tepeyac, convertido en un cerro tan fecundo como el de Amalec, tan lleno de misterios como el del Sinal, tan privilegiado como el del Tabor, y que vendrá á ser tan frecuentado de las gentes como el de Silo: aquí bajó la Santísima Virgen de Guadalupe para engrandecernos, dejando en prenda de nuestra felicidad su hermosísima Imagen, formada por la mano sábia del Omnipotente, y complaciéndose en darnos un testimonio nada equívoco de su ternura.

Ya es tiempo, señores, de que nos trasportemos con la imaginacion hasta aquel dichoso dia en que en medio de las malezas de un árido terreno aparecieron flores milagrosas. Gloriate en hora buena, muy venturoso Anáhuac; llegó, en fin, el suspirado dia de tu felicidad; bajó Maria

hasta tu suelo, y acabaron de disiparse las negras sombras que te obscurecían. ¡Qué! ¿no fuiste tú, amada patria mía, la que entregada á un reverente asombro observaste la cima de Tepeyac trasformada en un cielo divino? ¿No es verdad que cuando aquellas luces celestiales te iluminaron te embelesabas con sus resplandores como en otro tiempo Pedro con los del Tabor? ¿No es cierto que admirando la primorosa variedad de colores que agraciaban aquel dichoso sitio, recibiste la señal más firme de tu alianza, como Noé viendo el Iris que se presentó en las nubes? ¡Ah! que entónces resonaban en los contornos de Tepeyac las armoniosas músicas que formaron los inocentes pajarillos para recibir á tan divina Aurora, y todos cuantos llegaban á ver el bello simulacro Guadalupeano quedaban atónitos, como San Juan cuando en la Isla de Pathmos vió una señal muy grande en el cielo, *signum magnum apparuit in coelo. Mulier amicta sole*, y esto es lo que confirma mi proposición de que la mayor grandeza de México consiste en esta prodigiosa aparición, porque puede decirse que de todas las imágenes aparecidas, la que más cuadra con la del Apocalipsis es la Guadalupeana; pues el Evangelio nos dice que la señal grande que le aterrorizó fué la presencia de una mujer vestida con los resplandores del sol, adornada con la hermosura de las estrellas y apoyada sobre el globo de la luna. Comparad la descripción que hace San Juan de aquella mujer misteriosa con la Imagen de Guadalupe, y luego encontraréis una perfecta identidad; y si el Apóstol cuando tuvo aquella vision le dió el nombre de una revelación grande entre todas las revelaciones, nosotros al ver que esta señal está distinguiendo á México, debemos decir que ésta es una nación grande entre todas las naciones, por lo grande de este portentoso, y por ser el lugar que Dios eligió para confiar entónces en él la pureza de la fe.

Estais impuestos de que cuando la impiedad ataca directamente á la religion católica, conserva Dios la pureza de la fe por medio de aquellos milagros que su provi-

dencia ha destinado para cada uno de los siglos; llegando al de XVI diré que la cristiandad se vió en el estado de aquella ciudad abominable que refiere San Juan en su Apocalipsis, ó que es la infiel Jerusalem en los dias de su maldición, cuya triste suerte nos pinta Jeremías en sus trenos, ó en fin que se hallaba como Israel cuando vió oscurecidas las hermosuras de Jacob; sus sábados convertidos en lúgubres espectáculos, y sin profetas que le pudieran consolar. Estos dibujos me parece que bosquejaban el desprecio de la religion, el progreso del libertinaje y de la disolucion en aquel siglo en que se impugnaba el dogma, se profanaba la santidad de la ley y se despreciaba el culto del Señor: llevemos si no la consideracion á las otras partes del mundo, al Asia, al Africa y á la Europa, y vemos que cuando Dios volvió los ojos de su misericordia á la América, aquellas lloraban envueltas en las tinieblas del error, porque en ese tiempo todas las potestades infernales, saliendo furiosas de sus profundas cavernas, peleaban contra la Iglesia, la religion y el cristianismo: tiempo infeliz en que la herejía, el cisma y la decantada reforma habían suscitado sangrientas guerras, introduciendo por todas partes la turbación y el desorden. La Alemania se inflamaba en medio de las intestinas divisiones que en ella habia sembrado Martin Lutero; la Suiza clamaba oprimida por la tirana novedad de Zuinglio; la Basilea gemía no pudiendo contener los progresos de las falsas doctrinas de Escolampadio; la Inglaterra vertía toda la sustancia del corazon por los ojos, al ver que Enrique VIII y Cramnei iban á negar para siempre la obediencia á la Silla Apostólica; los Países Bajos, la Francia, la Prusia, Portugal, y aun la Italia, infatuadas por el mortífero veneno que vomitaban los herejes, se acordaban tristemente que iba á triunfar la impiedad y á desaparecer de la faz del universo la creencia de los verdaderos dogmas; pero ¿qué pueden los esfuerzos del hombre débil contra el poder infinito de un Sér Supremo?

Dios ha dicho que su Iglesia ha de permanecer en el mundo hasta la consumacion de los siglos; que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y cuando aquellos lugares se separaron de la verdadera fe brotaron nuevos fieles en México, á donde Dios volvió sus benignos ojos para conservar en su pureza la religion católica. Se predicó el Evangelio en este país por sus ministros, y se confirmó más su verdad por la aparicion Guadalupeana. Es verdad que no se oyó aquí la voz de aquellos hombres prodigiosos que hablando á gentes de distintos idiomas se hacian entender á un mismo tiempo de todos; pero ¿qué más se podia desear cuando se oyó la dulce voz de la Virgen Maria de Guadalupe? No corrió en este suelo la sangre de los mártires para rubricar con ella la verdad de una religion divina; pero ¿qué más testimonio que la presencia de una Reina celestial á quien acompañaban los ángeles? No se vieron aquí los prodigios de parar á los tullidos con una sola palabra, de sanar á los enfermos no más con la sombra del cuerpo; pero se vió el raro, el imponderable y singular prodigio de quedar estampada una hermosísima imágen en la grosera tilma de un indio, para de este modo engrandecer á México, conservar en él la fe y llenar de indecibles bienes á los mexicanos.

SEGUNDA PARTE.

Pensaréis tal vez que me excedo ponderando el especial amor con que la Virgen Guadalupeana bajó del cielo

presurosa para colmarnos de bienes y dar mayor realce á nuestro engrandecimiento, pero tengo aun que deciros más de ese amor que nos mira, porque á las glorias con que nos ha distinguido añade una proteccion salvadora, y muy particular, una proteccion que ofrece á los mexicanos los recursos más propios para salir de la oscuridad en que yacieran; pues nada le es imposible á esta Señora ni en los cielos ni en la tierra, por tener un valimiento que no reconoce más limites que el poder del Omnipotente: Maria, la Madre más tierna y generosa, á todos abriga bajo su maternal proteccion; al extranjero, al tirio, al etiope, al babilonio y á todos; y si vemos que se interesa tanto por los hombres, á los que asiste con un afecto general, ¿cuanto más se interesará por aquellos que ella misma declara predilectos? *Oye, hijo mio*, le dice á Juan Diego, *yo he bajado desde los cielos para mostrarme siempre madre amorosa contigo, con los tuyos y con cuantos se valieren de mi patrocinio*; dejemos que el antiguo pueblo se glorie, cuando para librarlo Dios del cautiverio en que triste gemia, los mares dividian sus aguas franqueándoles tránsito libre; las aves para su alimento se les venian á las manos; el cielo les llovía manjares suavisimos; las peñas se convertian en manantial; las nubes les servian de refrigerio en el dia y de claridad en la noche; el sol se detenía para que triunfaran; las murallas caian al sonido de sus trompetas; los enemigos eran vencidos, y otros muchos prodigios que obraba Dios á favor de él; diga pues que toda su atencion la consagraba á aquella arca desde donde Dios pronunciaba sus oráculos, y á la que habia vinculado su proteccion, que nosotros por la Virgen de Guadalupe disfrutamos mayores bienes, y toda nuestra atencion se arrebata esta hermosísima Imágen, que con su presencia acabó de arruinar la idolatría y continuamente está obrando innumerables portentos.

Teneis presente que la idolatría inundó toda la tierra con su malignidad, pero que principalmente México se hallaba destinado para ser la metrópoli del demonio,

quien no encontrando todas las adoraciones que queria en otros paises, vino á fijar su imperio entre los desgraciados indios, sin que éstos hubieran podido abandonar el culto supersticioso hasta la venida de la grande Protectora de la América. En efecto, señores, registrad con toda diligencia los pueblos de esta república mexicana, y despues de haberlos recorrido atentamente decidme ¿se encuentra en ellos vestigio alguno de su pasada ceguedad? ¿Se miran ahora aquellos inmundos templos erigidos en honor y culto de falsas divinidades? ¿Aquella multitud incalculable de idolos ante los que por tanto tiempo tributaron al demonio las más sacrilegas adoraciones? ¿En dónde está aquella crueldad horrorosa que no sabia respetar los sagrados derechos de la humanidad? ¿Qué se han hecho tantas aras teñidas con la sangre de las desgraciadas victimas que tiranamente se inmolaban? Confesemos con ingenuidad que éste es uno de los más grandes milagros debidos á la proteccion Guadalupeana, digamos que ya México relegó al olvido los incienso que supersticiosamente se ofrecian á la diosa Teotenantzin en el mismo Tepeyac; ya no se ven allí sino las prácticas de la religion católica, la piedad, el culto y la devocion; ya somos una nacion escogida á quien el Altísimo se acerca, se intima y se incorpora, gloriándonos por lo mismo de ser la gente grande, que lleva en la frente como por carácter distintivo aquella inscripcion de la Escritura: *Eccē gens magna*. Y cuando así se llena de gloria nuestra patria porque la presencia de esta Imágen acabó de abolir el culto idolátrico ¿no deberá decir con justa razon que desde aquel instante en que esta señora bajó del cielo, desde su establecimiento en aquel dichoso sitio, es, y le publicarán distinguida y singularmente privilegiada todas las naciones del universo? *Ex hoc beatam me dicent omnes generationes*: y aun cuando la ruina de la idolatria no fuera un argumento que convenciera sobre la preferencia de nuestra gloria, ¿no seria una prueba en todo tiempo incontrastable del especial amor con que esta Virgen nos mira

el que tengamos siempre segura y pronta su proteccion poderosa? Son innumerables, señores, los milagros que ha obrado desde el dia en que se nos manifestó.

Subamos á este dichoso cerro desde como del de Sion, se están desprendiendo tantas gracias; aquí encontraremos un remedio universal para todo género de necesidades públicas y secretas; corramos la vista hasta el año de 1545, y nos asombraremos al ver los millares de indigenas que perecieron en manos de una voraz epidemia, y preguntemos de qué medios se valieron para contener su inclemencia. Nos responderán los padres franciscanos que moraban en Tlaltuliloco, que de la intercesion y ruegos de la Virgen de Guadalupe: pasemos al de 730 y hallaremos que un horroroso Matlazahuatl iba rápidamente asolando los pueblos; pero todo México nos dirá que se contuvo el contagio tan luego como solicitaron con fervorosas ansias que se jurara solemnemente por Patrona de esta América á la Virgen de Guadalupe. Id pasando por todas las épocas epidémicas que cuenta nuestra patria desde su catolicismo, y en todas hallaréis que el antídoto universal ha sido dirigir nuestras deprecaciones y súplicas á esta tiernísima Madre. Preguntamos: ¿Y á la capital de México quién la libró de aquella terrible inundacion que padeció el año de 629, la mayor entre las ocho que se cuentan? Responderá la V. Madre Inés de la Cruz, religiosa del convento de Jesus Maria, que la esclarecida Virgen Guadalupeana, que cual otra compasiva Ester suspendió las iras del divino Asuero, que habia decretado ya exterminar con las aguas á los mexicanos, como en otro tiempo á los pentapolitas: atendamos tambien á las convulsiones políticas que nos han llenado de consternacion hasta los más inmediatos años, y digamos: ¿á quién hemos clamado? ¿quién ha comunicado consuelo á nuestros dolorosos corazones? ¿á quién nos hemos acogido llenos de una confianza filial? Á la esclarecida Madre Guadalupeana; ella es la que ha enjugado nuestras lágrimas, y nos ha socorrido con una beneficencia tan uni-

versal, que justamente le podemos aplicar aquella expresion del profeta: *Nec est qui se abscondat á calore ejus.*

Nada hay que temer estando á la sombra de su hermosísima Imágen: no á las fiebres malignas; porque nos dirá Juan Bernardino que se vió libre de la que padecía, en aquel mismo instante en que la Santísima Virgen lo aseguró así á Juan Diego, reproduciéndose el milagro que el Salvador obró con la suegra de San Pedro. No á la contraccion de nervios, porque nos dirá Fr. Pedro de Balderrama, que adoleciendo de este mal se hizo llevar al Santuario, y apenas se acercaba á sus puertas, cuando comenzó á andar como el otro tullido en la puerta espaciosa del templo. No á las úlceras incurables, porque padeciéndolas D. Juan de Castilla hasta verse imposibilitado en los últimos períodos de la vida, mandó una corta dádiva á la Virgen de Guadalupe, y en aquel mismo instante en que se la presentaron, se sintió sano, como el criado del Centurion cuando éste hablaba con el Salvador. No á una muerte súbita, porque nos libraré de estos temores aquel indígena que pereció á la violencia de una saeta en medio del festejo militar que iban formando los chicbimecas y mexicanos, cuando conducian á esta Sagrada Imágen á su Santuario; pero luego que lo condujeron á su presencia lo restituyó á la vida, como Jesucristo al hijo de la viuda de Naim. No á los demonios destinados para atormentar á los cuerpos en este mundo, porque acreditará aquel andaluz que sin esperanza de remedio en su patria, dispuso venirse á la nuestra para visitar á la Virgen de Guadalupe; lo verificó, quedando luego libre de aquel tormento. Mas ¿para qué cansar tanto vuestra piadosa atencion, refiriendo en lo particular tantos hechos prodigiosos, si con sólo presentarse en el santuario del Tepeyac se verá aquella armoniosa mezcla de efigies, que suspensa en las paredes, y retablos del templo nos convencen de la proteccion tan generosa con que nos asiste esta benignísima Madre? Ya os he dicho, señores, que la Santísima Virgen de Guadalupe se dirigió á nuestra Amé-

rica para engrandecerla visitándola en persona, conservando en ella la fe, destruyendo la idolatria y obrando innumerables prodigios. Ya acabé.

Esclarecida y misericordiosa Madre Santísima Virgen de Guadalupe, no nos resta ya otra cosa más que depositar en vuestras divinas manos toda nuestra confianza, esperando que mediante vuestro poderoso influjo nos concederá el Altísimo el consuelo que necesitamos en todas nuestras aflicciones y angustias; la conservacion de la religion católica en nuestra república; vida, salud y gracia á nuestro dignísimo Prelado y á su V. Cabildo; pureza y santidad á los ministros del altar; union entre todos los mexicanos; acierto en su gobierno á las autoridades civiles, y constante gratitud á vuestros devotos para que despues de haber gozado aquí de vuestros singulares favores, pasemos á manifestaros nuestro reconocimiento á la mansiones eternas de su gloria—Así SEA.